



Vuelve Samuel Benchetrit



DESTINO

Vuelve
Samuel
Benchetrit

Traducción de Isabel González-Gallarza

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1459

Título original: *Reviens*

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2018

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5509-9

Depósito legal: B. 3.635-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Escribía siempre las mismas frases en mis cuadernos. Algo así como promesas que nunca cumplía. Las más bonitas las escribía por la noche o de madrugada, frases en las que me juraba, empapado en whisky, no volver a probar una gota de alcohol desde esa misma mañana, hacer deporte, ser dulce, ahorrador, trabajador, tolerante, disciplinado y limpio; ir al dentista, ir andando a los sitios, quedar con la gente a más de quince minutos a pie de mi casa; ser valiente, sonriente, viajero, curioso, ingenioso, callado, atento, cocinillas, razonable, decidido, decisivo; me juraba que tendría más aguante, que me gustaría la lluvia, el calor intenso, la fruta, el pescado, el turismo, las películas en color y el cine contemporáneo.

A veces hasta firmaba esas promesas. Una rúbrica solemne dirigida a quién sabe quién en mi mente (debía de haber alguien ahí dentro, sólo que nunca nos habían presentado). Dejaba el cuaderno abierto para tenerlo bien a la vista al despertar. Cuando estaba más decidido a evolucionar, lo dejaba apoyado sobre la cafetera. Y cuando, al levantarme, me topaba con el cuaderno, ya me parecía menos estupendo,

pero aún conservaba cierta compasión por el borracho de la víspera. Quería respetarlo. Considerarlo algo así como un profeta tocado por la gracia, una gracia de cuarenta grados. Reducía mi consumo diario de café a diez tazas en lugar de quince y no fumaba antes de beber el primer sorbo. Releía mis promesas. La primera: «Ser limpio». Es decir, empezar el día con una ducha y un lavado de dientes. Estaba bastante motivado. Pero mi cuerpo tenía una necesidad enfermiza de nicotina. Un cigarrillo antes de la higiene no cambiaría nada. Por lo general me lo fumaba en el baño, un espacio de dos metros cuadrados, el más frío del apartamento porque la ventana estaba siempre abierta.

En mi casa no fumaba en cualquier sitio. Sólo en la cocina, que era el doble de grande que el baño, y en el propio baño, como ya he dicho. Era una norma que me había impuesto desde que tenía un hijo. Curiosamente, no lo mencionaba en mis cuadernos, en ninguna parte ponía: «Soy un padre fantástico que sólo se destroza los pulmones en el retrete y en la cocina para proteger a su compañero de piso menor de edad». Ya no podía expresar ese reparo desde que mi hijo fumaba también como un carretero y había añadido su habitación como nuevo espacio de humo. Yo lo ocupaba gustoso con el pretexto de una regañina cualquiera, para disfrutar de la zona de fumadores más amplia de la casa.

En el baño, el frío me invadía primero los pies, después me subía por las piernas hasta helarme el cerebro y, con él, mis buenos propósitos. Debo precisar que dormía en calzoncillos y que podría haber re-

suelto el problema abrigándome para ir al baño. Pero la idea de hacer la colada, desplegar el tendadero, recoger y guardar la ropa (que, por lo general, permanecía allí hasta que no me quedaba nada que ponerme) me suponía el mismo esfuerzo que organizar la próxima ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos.

Me gustaba volver a la cama por las mañanas. Era como un lujo para mí. Los hay que poseen yates, cuentas bancarias llenas de dinero, colecciones de relojes, cultura, esculturas o músculos. Yo personalmente me volvía a la cama veinte o treinta minutos después de haberme levantado. Vivía en un mundo en el que el placer y la felicidad no estaban ligados. Mi vida rebosaba de placeres que nunca llegaban a formar una felicidad completa. Había tenido ocasión de constatar que otros disfrutaban de una felicidad completa que les brindaba múltiples placeres. Por suerte, la mutación genética de los primeros cuarenta y tres años de mi vida me había brindado un segundo lujo: no era quejica. Me contentaba simplemente con anotar promesas en mis cuadernos. En ellos se leía con frecuencia:

«No volver a acostarme una vez levantado.»

«No quejarme.»

«Apuntar los sueños para transformarlos en libros en lugar de soñar con escribirlos.»

Los sueños matutinos no eran como los nocturnos. No proporcionaban material para transformarlos en libros. O, si acaso, en libros aburridos y pre-

tenciosos como los que se publicaban todas las semanas. Pensaba, pues, que los autores de esos libros también volvían a acostarse una vez levantados. Esos sueños eran muy próximos a la realidad, por lo general anticipaban el momento que vendría después de despertarme. Por ejemplo, soñaba que me encontraba el cuaderno abierto delante de la cafetera. Como era un sueño, el cuaderno podía ser verde en lugar de azul y la cafetera convertirse en la de mis padres, que es naranja. De hecho, mi madre también podía aparecer, con un albornoz de algodón amarillo chillón, golpeando a una iguana que asomaba la cabeza por el fregadero para devorarnos. La iguana era mi padre. Y el sueño en su conjunto, una escena típica de mi infancia, en la que cada cual se despertaba sin muchas ganas de afrontar el día que tenía por delante.

2

Dormía mal. Pero cada vez me acostaba más temprano, con frecuencia apenas pasadas las seis de la tarde. Apagaba el móvil. No me llamaba nadie, pero recibía una docena de correos electrónicos de distintos organismos, tales como Amazon, SFR, Orange, Engie, Darty, Ikea y LCL. Ya no daba mi mail al comprar nada. Había oído decir que bastaba con mandar la palabra stop en mayúsculas para que dejaran de enviar publicidad. Les respondía a cada correo con la palabra stop, pero de nada servía.

Seis meses antes me había comprado una cama nueva, con somier y colchón de 160 cm. La antigua era de 140. Trataba de aumentar mis horas de sueño agrandando mi cama. Tuve que comprar además dos nuevos juegos de sábanas, dos bajeras ajustables, un edredón y dos almohadas con sus fundas.

Me negué a darles mi dirección de correo electrónico.

—Es obligatorio, caballero.

—Es que no quiero recibir correos, ni publicidad ni ofertas.

—Es sólo para la entrega.

—Para eso ya tienen mi dirección postal. La cama es para mi casa, no para mi correo.

—Es obligatorio.

Se lo di.

Desde entonces me escribían cada noche. Servicio de atención al cliente, encuestas, promociones, invita a un amigo. Les contestaba stop, pero seguían.

No estaba cansado, por eso no dormía. A veces sentía ciertos efectos durante el día. Uno o dos mareos, una serie de bostezos o calambres en las pantorrillas. Pero nada que justificara una noche de descanso. Nada en mí necesitaba descansar. Los demás hacían deporte. Iban andando al trabajo. Quedaban con amigos. Almorzaban y cenaban. Hacían senderismo los fines de semana. Se ocupaban de los hijos, que requerían mucha atención. Tenían esposa, a veces más de una. Leían. Sacaban entradas para el teatro. Iban al teatro. Hablaban en abundancia de lo que veían y lo que oían. Solían tener madre, o un padre enfermo en alguna parte. Visitaban a otra gente. Se invitaban unos a otros. Cocinaban. Discutían. Se peleaban. Se guardaban rencor. Se reconciliaban. Compraban teléfonos. Fundas para proteger esos teléfonos. Fundas que podían ser reflejo o al menos expresión de su personalidad: «¡Soy esta funda! ¡Esta funda es divertida como yo! ¡Estas lentejuelas doradas que flotan en el agua de mi funda me representan perfectamente!». Tomaban autobuses para encontrar las fundas adecuadas. Para arreglar los teléfonos estropeados. Hablaban de ello. En el trabajo. En el autobús. En las cenas. A sus esposas. Antes de dormirse por fin. En sus sueños.

Se cansaban.

Yo me levantaba de noche, iba a la cocina y esperaba a que amaneciera, como algunos solitarios observan a las parejas quererse en las terrazas de los cafés. Veía llegar el día comentando silenciosamente su aspecto: «Está bonito hoy... Parece templado...». Me sentía solo en mi cita con la inmensidad.

Pensaba que el cielo no era para mí. Que ningún fenómeno climático me estaba destinado.

«Hoy no disfrutaré del sol.»

Me sentía solo.

Escribía en mi cuaderno: «Tener amigos».

Tachaba y volvía a escribir: «Tener un amigo».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar nada de los demás».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar más que de uno mismo».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar nada de nadie».